

El magisterio de Javier San Martín

NOÉ EXPÓSITO ROPERO
Universidade Católica Portuguesa
noe.filo@hotmail.com

En primer lugar, quiero agradecer al profesor César Moreno, y a todo el Comité organizador de este decimotercer Congreso de la SEFE, la iniciativa de dedicar una mesa de homenaje a su fundador, el profesor Javier San Martín, así como su amable invitación a participar en ella junto a mis ilustres colegas José Lasaga, Roberto Walton, Marcela Venebra y el propio César, a quienes profeso, además de una verdadera admiración intelectual, un gran afecto personal. Tales son, justamente, los nobles sentimientos que vinculan a los miembros de esta mesa con nuestro homenajeado: amistad y admiración intelectual. Sin embargo, dado que estamos en un acto académico y científico, intentaré ejecutar en lo que sigue un arduo ejercicio de “epojé fenomenológica” para reducirme —o “reconducirme”, como prefiere decir el profesor JSM— a esta última dimensión, la intelectual. Con todo, he de reconocerlo desde el principio, también aquí se nos revela la “imposibilidad de una reducción completa”, para decirlo con la brillante fórmula de Merleau-Ponty; fórmula que, por cierto, allá por los años setenta despertó el interés de nuestro homenajeado por la fenomenología de Edmund Husserl, haciéndole ir de Lovaina a Friburgo para desentrañar y comprender en toda su complejidad la filosofía fenomenológica a la que dedicaría ya toda su vida académica. Este gesto, sencillo en apariencia, nos revela, ya desde sus comienzos, el talante intelectual de JSM, su afán de búsqueda incondicional de la verdad que encierran los conceptos y las fórmulas filosóficas, frente a todo “pensar en frases” o “fraseología”, que diría Ortega y Gasset, el otro gran compañero de viaje filosófico de nuestro homenajeado. Si tuviera que resumir en dos palabras los rasgos distintivos que definen aquello que orteguiana y husserlianamente solemos denominar “ethos” o “modo de ser” filosófico de JSM, las dos elegidas serían, sin ninguna duda, honestidad y rigor intelectual. Tal fue la impresionante impresión —valga aquí la redundancia— que me causó la lectura de las dos primeras obras suyas que cayeron en mis manos,

La estructura del método fenomenológico (1986) y *La fenomenología de Ortega y Gasset* (2012). Ambas supusieron para mí, estudiante entonces de Postgrado, un verdadero “terremoto intelectual”. Inmediatamente comprendí que JSM no era solamente un brillante y comprometido profesor universitario, sino que me había tropezado con una de esas extrañas e insólitas figuras que la tradición filosófica reconoce e identifica bajo el solemne rótulo de “maestros”. Un maestro posee, desde luego, una “doctrina” que enseñar, un *corpus teórico* propio y original. En el caso de JSM, este queda sintetizado, entre otras muchas obras, en su *Teoría de la cultura* (1999) y, especialmente, de forma más sistemática, en los dos volúmenes dedicados a su *Antropología filosófica* (2013 y 2015). Pero un maestro posee y ofrece algo más que una teoría filosófica objetivada en textos. Esta es, sin duda, una condición necesaria, pero no suficiente. Sin embargo, ese “algo más” distintivo y característico del maestro es lo que no resulta fácil encapsular y objetivar en palabras, puesto que, en rigor, no aparece ni resulta visible por ningún lado. ¿Qué es ese “algo más” *magistral* que buscamos? Sin poder adentrarnos ahora en una fenomenología del magisterio, me limitaré, más modestamente, a señalar cuatro notas esenciales que podrían orientarnos en tan interesante tarea.

Un maestro dispone, en primer lugar, de un grupo con el que compartir sus teorías e investigaciones. Un eremita, por docto que fuera, difícilmente podría ser maestro de nadie. Un maestro se caracteriza por una clara vocación de enseñar, de transmitir y compartir su trabajo con un grupo afín a sus intereses intelectuales. En el caso de JSM, aparte de los cientos de alumnos a los que ha impartido docencia durante las últimas décadas, no solo en la UNED, sino en multitud de seminarios y cursos internacionales, especialmente en Latinoamérica —y esta mesa es muestra de ello—, este primer requisito adquirió hace años nombre propio: el “Grupo de los miércoles”. Integrado por José Lasaga, Sonia Esther Rodríguez, Tomás Domingo Moratalla, Agata Bąk, Manuel Fraijó, el propio San Martín y un servidor, el almuerzo del miércoles en la UNED ha sido durante años una cita ineludible, con sus largas sobremesas filosóficas y la posterior continuación del trabajo, ya sin vino Nekeas, en el despacho compartido por Lasaga y nuestro homenajado.

Se trata, por tanto, y este sería el segundo rasgo reseñable, de una irrevocable vocación de trabajo en común, que se forja en el diálogo paciente y distendido, formal e informalmente, dentro y fuera de la academia, ya sea en seminarios y encuentros universitarios, ya en viajes y excursiones compartidas por Añorbe y el espléndido valle navarro. Pero no solo mediante la oralidad, sino también, y

aquí JSM se muestra como un auténtico maestro, en la puesta en común de los trabajos escritos, de la investigación en marcha que, borrador tras borrador, ve finalmente la luz publicada ante el gran público en forma de conferencias, artículos o corpulentos libros, como el que anda fraguando nuestro homenajado bajo el título de *Creencia y realidad*, remontándose, nada menos, que a la idea de “doxa” en Platón. Resulta realmente fascinante observar a JSM trabajando en su taller filosófico, puliendo fenomenológicamente la “doxa” platónica en sus diversas traducciones latinas, francesas, inglesas, alemanas y españolas, en pertinaz búsqueda de la experiencia originaria, común e intersubjetiva que ha de fundamentar y legitimar los conceptos para preservarlos de toda posible ambigüedad y contradicción. Así, cual artesano del concepto, es como trabaja JSM, siempre y sin excepción, ya se trate de Platón, Kant, Husserl u Ortega, pues tampoco este último se libra del “bisturí fenomenológico” —según la expresión de Lasaga— que JSM siempre tiene a mano junto a su fina pluma.

Esta última anécdota nos revela un tercer rasgo esencial de ese “algo más” que andábamos buscando como rasgo distintivo de todo auténtico maestro. Lo que este nos enseña no es solamente un determinado *corpus teórico* o doctrinal, sino, más bien, un modo de trabajar, de filosofar, de llevar a cabo la actividad intelectual en todas sus dimensiones. En el caso de JSM, este no es otro que el método fenomenológico, método que, sintetizado en una bella fórmula orteguiana que nos gusta citar, no reconoce como legítimo más camino que aquel que va “de las intenciones, conceptos o palabras a las cosas mismas que son dadas en la intuición” (VII, 717).

Esta enseñanza nos abre todo un inmenso campo de investigación, puesto que nos permite, y, tomada en serio, nos obliga a revisar críticamente los textos clásicos, concepto a concepto, tesis a tesis, fórmula a fórmula. Análogamente, nos permite, y nos exige, entrar en diálogo —y en largos debates— con nuestros contemporáneos, como el iniciado hace años entre JSM y otro gigante de la fenomenología, nuestro colega mexicano Antonio Zirión. Con ello se pone de manifiesto un cuarto y último rasgo distintivo de todo auténtico maestro, y es la enseñanza, *en acto*, mediante la praxis, y no con meras palabras, de que la actividad filosófica exige, como diría Husserl, una “tarea infinita”, que se renueva cada día, a cada instante, en incesante diálogo crítico con nuestro pasado filosófico, pero también con los trabajos actuales de nuestros contemporáneos. Lejos de ignorarlos, JSM se los toma muy en serio, reconociendo sin ambages lo que en ellos haya de valioso y verdadero, pero criticando igualmente sin reservas los aspectos que, siempre de cara a la cosa misma, considera perfectibles. Tal

es la honestidad intelectual propia de todo maestro a la que hacía referencia al principio, lapidariamente expresada en la clásica sentencia aristotélica de todos conocida: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*. Tal es lo que JSM nos enseña, no solo en teoría, sino en la práctica.

No sé si estas cuatro notas, someramente enunciadas aquí, habrán arrojado alguna luz sobre ese “algo más” que andábamos buscando como propio de todo auténtico maestro, pero quienes conocemos a Javier y hemos tenido la inmensa fortuna de trabajar con él, sabemos que estamos ante una personalidad filosófica excepcional, y las nuevas generaciones, a las que yo (más o menos) pertenezco, sabemos y sabremos siempre reconocerlo. Muchas gracias, maestro.